

## RESPUESTA A EDUARDO SANTOS

Por LAUREANO GARCÍA ORTIZ

La Academia Colombiana de la Lengua, a ejemplo de los muy ilustres institutos similares, en especial de la Academia Francesa, de la Academia Española, de la Royal Society de Inglaterra y de la clausurada por ahora Crusca Italiana, como organismos representativos de la vida espiritual de las naciones, ha pretendido siempre que cada una de las altas actividades intelectuales en que se comparte la acción colectiva, tenga sus exponentes más auténticos en el seno de la corporación que pretende y debe pretender ser espejo fiel del alma colombiana.

Para cierto vulgo y para ciertos gacetilleros intonso, la Academia de la Lengua es una simple reunión de gramáticos. Ciertamente que en ella trátase de castigar, de defender y de cultivar el lenguaje, como el instrumento único, más directo y más eficaz, del espíritu humano; como el guardián de ese espíritu contra la invasión de la barbarie; como el índice más elevado de una noble y auténtica cultura.

Al servir al lenguaje se sirve al espíritu; mas la lengua es el medio y el pensamiento es el fin. Quiérese hablar bien para poder pensar bien y para poder transmitir con fidelidad y belleza el fruto del intelecto.

Por ello, en una academia nacional digna de serlo, al lado de los lingüistas y filólogos se encuentran o deben encontrarse los filósofos, los sociólogos, los historiadores, los poetas, los grandes educadores, en una palabra, los conductores del pensamiento. Así se codearon bajo la cúpula del Instituto de Francia, en la alta y tolerante fraternidad espiritual, Renán y monseñor Dupanloup, Víctor Hugo y el duque D'Aumale, Taine y Pasteur, Anatole France y el conde D'Haussonville, Clemenceau y el mariscal Foch, las grandes ilustraciones y los grandes prestigios de Francia.

Asimismo, en la que fue la Real Academia Española y que lo seguirá siendo con o sin el apodo de real, pues estas estructuras espirituales perduran más que los sistemas y formas de gobierno, por no hablar sino desde los fines del siglo XIX, al lado de Cánovas del Castillo se sentaba Emilio Castelar, y al lado de don Antonio Maura se sentaba don José Canalejas y luego don Niceto Alcalá Zamora. Y en torno de esos hombres de Estado eruditos como los padres Miguel Mir y Miguel Asim, el primer arabista del mundo; y sabios como los laicos Santiago Ramón y Cajal y Gregorio Marañón; y poetas como Ramón de Campoamor y Gaspar Núñez de Arce; y dramaturgos geniales como José Echegaray y Jacinto Benavente; y príncipes de las letras castellanas como José Selgas y Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera y José María de Pereda, Marcelino Menéndez y Pelayo y Benito Pérez Galdós.

De tal modo que tales cúpulas académicas, tales síntesis espirituales, se edifican y se elevan en los ambientes nacionales con las

ideologías más divergentes, con los más variados conceptos filosóficos, religiosos y políticos, y al material humano que las integra sólo se le exige que sepa pensar con lógica y con cordura, que pueda traducir al lenguaje su pensamiento en forma castiza y correcta, hablándole y escribiéndole de conformidad con la índole del idioma y con sujeción a las leyes de su propia gramática, y sin que le haga daño ni le sobre, en una y en otra cosa, algo de belleza, de elegancia, de tacto y de buen gusto, es decir, lo que ni por soñación tienen los gacetilleros intonsos y a destajo, que aquí y en todas partes aparentan desdeñar a las academias, insultándolas a diario, por aquello de las uvas verdes.

Empero, el lado flaco de las academias, su parte débil y vulnerable, es que siendo por esencia y por necesidad muy reducido el número de sus miembros coexistentes, no se encuentran en ellas, en un momento dado, todos los ciudadanos de la república de las letras que merecerían hallarse allí, y que al practicar por ellas mismas la sucesiva elección de sus individuos, por la natural e inevitable incapacidad de toda corporación humana para acertar siempre en sus escogimientos, no siempre se hace con verdadera justicia distributiva, hasta el punto de que puede decirse de ellas con más propiedad que de los manicomios: "No están todos los que son, ni son todos los que están."

Al menos en cuanto a mí se refiere, yo puedo afirmar con irreductible sinceridad, que hasta ahora no he podido reconciliarme con mi presencia en una academia de que formaron parte, para honra y prestigio de Colombia, Miguel Antonio Caro y Santiago Pérez, Rufino José Cuervo y Felipe Zapata, Venancio G. Manrique y Marco Fidel Suárez, José Manuel Marroquín y Carlos Arturo Torres, y dos docenas más de eminentes colombianos de clarísimas ejecutorias, que dejaron huella de su paso por este hogar espiritual en el curso de setenta años. En toda ocasión como ésta, siéntome corrido al ver entre el auditorio personajes que deberían ocupar, mejor que yo, el puesto que verros o circunstancias me señalaron indebidamente.

Mas siendo ello así, sobre las consideraciones y conceptos anteriores, que estimo sólidamente fundamentados, puedo y debo declarar, en nombre de este ilustre instituto y en cumplimiento de la desmesurada comisión que se me encomendó, que don Eduardo Santos (tal es el tratamiento tradicional entre académicos, es decir, sin títulos) fue elegido, por unanimidad y con aplauso, miembro de número de la Academia Colombiana, mucho antes de que el sufragio popular lo hubiera designado como próximo futuro presidente de la república.

Ciertamente que la Academia se siente honrada con que uno de sus individuos sea al propio tiempo jefe del Estado; pero no fue esta última circunstancia la que determinó su llamamiento al seno de ella.

Al benemérito instituto lo movió para tan acertado escogimiento, fuera de la inteligencia, la ilustración y también el carácter de su candidato, la obvia consideración de que le era preciso e indicado incorporarse uno de los representantes más clarividentes, más experimentados, más eficaces, más honorables y más patriotas de la prensa periódica colombiana.

Esta, siendo una de las actividades vitales, mayormente determinantes e influyentes del pensamiento nacional, no podía carecer de su exponente natural y autorizado en la corporación representativa del cerebro colectivo. Tales han sido la causa y razones de esta solemnidad, que la Academia registra en sus anales con singular satisfacción.

Por lo demás, la Academia Colombiana cuenta en su historia, entre sus miembros, con algunos que ocuparon la silla de Bolívar y de Santander como presidentes de la república; ninguno lo fue por su calidad de presidente, sino por otros motivos; casi todos llegaron a la presidencia mucho después de haber recibido las palmas académicas. Una de las excepciones fue el doctor Manuel María Mallarino, quien ascendió al solio en 1854 y vino a ser propuesto como miembro fundador de la Academia en 1872, falleciendo antes de posesionarse. Como jefe del Estado había demostrado un temperamento noblemente moderado y conciliador, una exquisita urbanidad, aficiones clásicas, conocimiento de la latinidad, amena y extensa ilustración. Por su posición y por sus dotes habría sido un ornamento de la Academia naciente.

Tratándose de quienes revistieron el doble carácter de académicos y jefes del Estado, no podrán ser recordados sino como una y otra cosa al propio tiempo.

Don Santiago Pérez, miembro de la Academia en 1872 y presidente de la república en 1874-75. Excepcional vigor intelectual, razonador certero y ágil, sólido y extenso saber, estilista elegante y correctísimo, profesor insuperable, apostura modesta y gran carácter. Político muy combatido mas de honestas intenciones. Siendo plenipotenciario colombiano en Washington, al despedirlo en audiencia oficial, el presidente Grant, saliéndose del protocolo, le dijo calurosamente: "Id a vuestro país y decid a todos que el gobierno de Colombia, al nombrarlo ministro en Washington, se honró a sí mismo y honró a nuestro gobierno."

Murió en el destierro y en una noble pobreza. Fuera de su extensa producción científica, política y literaria, por desgracia hasta ahora dispersa en diarios y revistas, nos dejó una media docena de discursos dignos de la antología, modelos en su género y clásicamente académicos.

Don Rafael Núñez, elegido académico el 5 de noviembre de 1881, durante su primera presidencia de la república (1880-1882). Singular y extraña combinación de filósofo imaginativo y de poeta pensador, tirado de un lado por un epicureísmo sensualista y del otro por un filosofismo trascendente, en cabalgadura que tenía tanto de Pegaso como de Rocinante, en un ambiente de aventura política. Un costeño abierto y despreocupado que tuvo el *handicap* de haber observado de cerca, durante años, en el consulado de Liverpool, el mecanismo y los métodos de la política inglesa, no para aplicarlos y seguirlos, sino a modo de gimnasia y preparación intelectual, y para adquirir la noción de lo relativo en la política, cuando sus compatriotas colombianos no entendían ni creían sino en dogmas absolutos, ya li-

berales, ya conservadores; y que tuvo la fortuna de leer a Herber Spencer cuando sus copartidarios retrasados, Rojas Garrido y sus discípulos, apenas iban en Tracy, al tiempo que cuando éste ya ni siquiera figuraba en la historia de la filosofía. Núñez se sonreía socarronamente de que Santiago Pérez pusiera tanta fe y confianza en sus propias convicciones liberales y católicas, y de seguro se admiraba en silencio de que Miguel Antonio Caro creyera a pie juntillas en su doctrina cristiana y en la eficacia de la autoridad: de la autoridad religiosa y de la autoridad política. Cuando Núñez, forzado por las circunstancias, hizo obra reaccionaria contra las ideas y prácticas de toda su vida y fue a dar más allá de lo que pensaba, él mismo quedóse admirado del resultado de su empresa, de aquella su hija la Regeneración, y como aquel robusto y escéptico mocetón que, al saberse de sorpresa padre de un hijo, quedóse maravillado de la eficacia de la receta que le habían dado para ello y dijo: "Yo no creía que esto resultara." Núñez como académico disponía de una prosa sintética, sugestiva, de imágenes impresionantes e indelebles.

Don Miguel Antonio Caro, uno de los tres (con José María Vergara y Vergara y José Manuel Marroquín) que como miembros correspondientes de la Real Academia Española recibieron de ésta, en 1871, la comisión de fundar la Academia Colombiana. Ocupó la presidencia de la república en 1892. Prepotente cerebro organizado para la autoridad. En el panorama intelectual de la América Latina se destaca Caro como en el mismo continente, en la formidable cordillera andina, uno de los nevados máximos perdidos entre las nubes. Se le ha dicho romano en su carácter, en su temperamento y en su latinidad. Ciertamente que parece amantado por la loba de Rómulo. La leche del Lacio, pasada por Castilla, lo hizo humanista y académico. Su saber clásico fue vastísimo y ello ocupó la mayor parte de su vida; pero su excepcional inteligencia le hacía adivinar y asimilar en parte lo moderno. A esa naturaleza poderosa le hicieron falta los viajes y los negocios. Manejaba las ideas con facilidad y soltura increíbles, pero no acertaba siempre en el manejo de los hombres. En su biblioteca o en el senado (que él consideraba como una extensión de su biblioteca) se movía a discreción, con superioridad aplastante, pues los libros y los senadores permanecían ante él igualmente mudos, sin intentar resistirle; con la pluma o la palabra era en verdad irresistible. En el mundo de las ideas era un emperador; en el terreno de los hechos era un cautivo. Desearía yo ser un sicólogo doblado de un historiador, para describir el contraste y las peripecias de la lucha entre dos naturalezas tan diversas, tan antagónicas, como el señor Caro y el general Reyes. Congenitalmente tendía a la unidad y a lo absoluto, y por ello desconoció los resortes de la política, y por ello comenzó por separarse de los grupos conservadores atemperados, y habría roto también con el relativismo escéptico del doctor Núñez, si éste no hubiera muerto tan oportunamente. Pero aquel varón fuerte, de tipo romano consular, tan inabordable en la ideología, en la vida privada y doméstica se despojaba de su férrea armadura, arrojaba la cota de malla y parecía entonces una de las personalidades humanas más in-

teresantes, amenas, cálidas, de risa franca y generoso corazón. Así lo conocí yo.

Don Carlos Holguín, académico en 1884, jefe de la nación en 1888. Hermoso hombre, combatiente, audaz y valeroso, polemista antes que todo y polemista de pura sangre, acerado, ágil, pronto y recursivo. De inteligencia sagaz y fina, mas no filosófica ni profunda. De una memoria formidable; pero siendo más polemista que historiador, esa memoria la ponía al servicio de su polémica antes que al servicio de la historia. De ello adolecen sus *Cartas políticas*, su obra escrita más trascendental, que se lee con suma facilidad y agrado, pero como quien admira un púgil de esfuerzos armónicos y de golpes certeros. El combate fue la consigna y el lema de su vida: combate en la prensa, en la tribuna, en la maniobra política, en la mesa de juego. Eso le perjudicó en el ejercicio del gobierno; allí mantenía ambiente de lucha; no supo apaciguar como Murillo en 1864; no buscó la transacción y el equilibrio, sino el predominio: sus mismos mensajes presidenciales no son papeles de Estado sino elocuentes artículos de polémica. Por ello, a pesar de su extensa ilustración y experiencia, de su rico arsenal literario, como hábil gobernante lo superó su hermano Jorge, que no dispuso, ni con mucho, en la misma medida, de tales elementos; pero, para el caso, los suplió, y con ventaja, con mayor reposo y quizá con mayor benevolencia.

Las brillantes y seductoras dotes de don Carlos como hombre de mundo, lo hicieron incomparable para la misión diplomática de restablecer y afirmar nuestras relaciones con la madre España. Con ello prestó al país servicios definitivos. Pero su mejor obra fue su hijo Hernando, diré imitando una frase célebre, y quien también vino a ser noble ornato de esta Academia.

Don José Manuel Marroquín. Como académico, uno de los tres primitivos de 1871; como presidente de la república, cien días en 1898 y luego de 1900 a 1904. Temperamento apacible e ingenioso, de hidalgo santafereño, letrado y campesino, dado a enseñar y a escribir. Sus condiciones de honorabilidad y desprendimiento, contrarias a la política, justamente lo señalaron para el puesto de vicepresidente de la nación, en la confianza de que lo sería *in partibus*, por no poderlo, no saberlo o no quererlo llenar. Tan maquiavélico y antipatriótico cálculo resultó fallido, pues inesperados y trágicos sucesos llevaron y redujeron al señor Marroquín a tomar el timón del gobierno en el período más tormentoso que Colombia haya atravesado. Tres años de tremenda guerra intestina, complicada con conflictos internacionales y con pavorosa crisis económica. Naturalmente, los acontecimientos, que hubieran exigido un general Santander, arrollaron al delicado anciano y gélido hombre de letras, no hecho, ni con mucho, para tan espantable tormenta, en la que estuvo a punto de naufragar la nacionalidad misma. La frialdad de su temperamento, la solidez de su sistema nervioso y cierta despreocupada indiferencia santafereña, lo mantuvieron erecto; pero el poder público se dispersó en diversas vías y la responsabilidad gubernativa se diseminó en subalternos, ninguno de los cuales gozó del prestigio o mostró las dotes

de mando que la situación requería. Mas la insuficiencia pretensiosa de los unos y la brutabilidad de los métodos de otros recaían con injusticia notoria en el jefe titular del gobierno y deformaban su verdadera fisonomía ante la expectación pública. Quizá escrúpulos de conciencia infundados, mañosamente alimentados en el ánimo del vicepresidente por interesados deshonestos o tontos, lo mantuvieron en ese potro, que él debió abandonar desde temprano. La historia juzgará al político, creo yo, más benignamente que sus contemporáneos; pero el hombre de letras, el académico por excelencia, ha sido y será una de las figuras más limpias y caras para el espíritu colombiano.

Don Marco Fidel Suárez. Elegido académico el 3 de diciembre de 1881, a raíz de su laureado estudio sobre los trabajos gramaticales de don Andrés Bello. Fue presidente de la república de 1918 a 1921. Sin duda que figurará en la historia de la lengua española como uno de sus más sabios y profundos artifices. Su fama como tal tiene los propios linderos del idioma. Su último estupendo y febril esfuerzo como escritor, lo constituyen esos raros, esos únicos *Sueños de Luciano*, cuya edición en volumen la está completando y adelantando esta Academia, bajo la esmerada y sabia vigilancia del académico Guzmán Espoñda. Lo que en esos volúmenes puede hallarse meramente circunstancial, relativo a la política del momento, a resquemores personales, puede ver disminuir su interés con el paso del tiempo, y aun tornarse incomprensible o indescifrable; pero el conjunto, como documento humano, literario y lingüístico, constituirá siempre un monumento clásico americano y español. El arte extraordinario de su estilo, ocultándose tras de su sencillez y naturalidad incomparables, relegará a segundo término la fastuosa y artificiosa sonoridad de don Juan Montalvo y la afectada casticidad de don Ricardo Palma. Hay que considerar también que ese acervo colosal de prosa, en doce o catorce volúmenes, en los cuales no hay nada insignificante, modelo del buen decir y del sutil razonar, fue en el señor Suárez una heroica defensa de su personalidad política y privada, de ese yo *sui generis*, tan enigmático y tan complicado, que viéndose acorralado por adversarios implacables, de toda procedencia, y agotado por la edad y derruido por la diabetes, se puso a la tarea febricitante de escribir en un año crepuscular lo que no había escrito en toda su vida. Y esa defensa, entremezclada con disquisiciones de lenguaje, reminiscencias históricas, consideraciones políticas y hasta sutilezas teológicas, va a sus fines, medio oculta, con envenenada ponzoña, como el áspid mortal de Cleopatra, agazapado entre haces de flores. No impúnemente tratóse con inquina inmisericorde de jugar con espíritu tan poderoso y tan peligroso. Por lo demás, lo que yo siempre pensé del señor Suárez, de su persona, de su obra, de su política, lo dije con absoluta sinceridad al instalar su retrato en el palacio de San Carlos, por disposición y por encargo del presidente Olaya Herrera en extensa pieza, honrada por esta ilustre corporación al acogerla en su *Anuario*. A ella me remito.

Don José Vicente Concha, elegido académico en 1912, ejerció la presidencia de la nación de 1914 a 1918. No se posesionó de su silla académica.

Don Miguel Abadía Méndez. Elegido para la Academia en 1912, para la presidencia de la república en 1926. Archivo viviente de la vida política desde 1886 hasta 1930, en su intimidad y a la luz pública, entre bastidores y en el escenario. Registro animado de voces, noticias y datos de la lexicografía castellana y de sus orígenes latinos. Como repúblico tiene la honra singular e inmarcesible en la América Latina, de haber honrado a su patria con el noble y trascendental ejemplo de transmitir legal y pacíficamente el gobierno, de que su partido había disfrutado por cuarenta y cinco años, al adversario político que llegó a alcanzar pura e indiscutible mayoría en los comicios populares.

\*

\* \*

Tal es el recuento de los ilustres individuos de la Academia Colombiana que han ejercido el mando supremo en la nación creada por Bolívar y organizada por Santander.

Hoy, con tanto agrado como respeto, la Academia se honra al recibir como su miembro de número a don Eduardo Santos, que dentro de dos semanas ascenderá también al solio del Libertador y del Hombre de las Leyes,

Todo le promete un período presidencial de paz y progreso. Los dos períodos anteriores e inmediatos le han abierto la vía, le han aplinado no pocos obstáculos, le han resuelto no pocos problemas. Ello le permitirá proseguir la marcha ascendente y le facilitará sus propias, fecundas y necesarias iniciativas. Los problemas de las naciones se renuevan, se modifican, se complican, renacen de sus cenizas. Dios nos ampare de quienes creen haberlo hecho todo, como aquel inefable e impagable canciller colombiano que proponía cerrar el palacio de San Carlos después de que él saliera, pues él le había arreglado a Colombia, y para siempre, todas sus cuitas internacionales, hasta el punto de que ya no había para qué nombrar otros cancilleres hasta la consumación de los siglos. En Europa le habrá llamado la atención que en Inglaterra y Francia, verbigracia, no hayan aparecido sendos cancilleres como él, que todo lo hayan arreglado para siempre, y que sigan esas cancillerías de Saint-James y del Quay d'Orsay tan ocupadas, tan atareadas.

El país conoce bien al señor Santos y tiene confianza en él. A su turno, el señor Santos conoce al país como nadie, y sabe lo que de él puede esperarse. A juzgar por el hombre, parece que su lema es el latino: "Suaviter in modo, fortiter in re."; suavidad en el modo, en la manera; fortaleza, firmeza en lo sustantivo. Hasta aquí llegan mis pronósticos; no tengo embocadura ni afición de profeta, ni podría comer la puerilidad de fantasear lo que sea o no sea la administración Santos. Si tal hiciera, ello pudiera hacer suponer en mí el desacato de querer señalar una pauta, y soy demasiado viejo para caer en pe-

tulancias de mozalbetes; por ahí los hay que dan consejos con olor de pañales a quien no los ha menester.

Pero sí hay tres cosas que de antemano sé que son consustanciales con el señor Santos. Sé que respetará las leyes como el general Santander. Sé que será tan caballeroso, tan espiritualmente elegante, tan falto de odios y de vanidad pueril, como el general Salgar. Y sé que será tan genuino liberal como el doctor Murillo.

Y ese liberalismo genuino nos indica que será un verdadero demócrata, tan lejano y apartado de los novísimos tiranos unitarios como del denso masacote comunista. Y a ese propósito quiero repetirme. En documentos míos que nadie lee, como presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia, he venido diciendo más o menos:

El pueblo colombiano es irreductible adversario de las imposiciones colectivistas, de las importaciones rusas, de los exóticos ensayos de un soviétismo novelero, de la intoxicación comunista, de la cavernaria lucha entre las clases sociales. Abomina el concepto marxiano de una sociedad mecanizada, compuesta de autómatas igualitarios. Colombia es una nación liberal, individualista, democrática y cristiana.

Tal individualismo, en lo que algún día tuvo de extremoso, se había corregido y atemperado, socializándose lo suficiente para permitir benéficas intervenciones del Estado, especialmente en materia de higiene y asistencia pública, de previsión y seguro social, de educación y transportes; pero tales intervenciones del Estado se traducían en consolidación y beneficio del mismo individualismo, mas no en sacrificio y holocausto del individuo en el altar de una entidad abstracta, vaga, lejana y monstruosa, que devora a sus propios hijos, como el Estado colectivista, comunista y soviético; el cual, por otra parte, confía demasiado, sin que nada justifique esa confianza, en la omnisciencia, en las capacidades ilimitadas, en las energías inexhaustas del personal burocrático que se apodere del gobierno.

Por tal concepto de la omnipotencia ilimitada del Estado abstracto e ilusorio, que sacrifica y anula al individuo concreto y real, se disputan hoy el predominio de los pueblos las fórmulas fascista y soviética, de prácticas y métodos idénticos o similares.

Los monstruosos acaparamientos de toda fuerza y autoridad pública, por parte de los gobiernos fascistas y soviéticos, que de idéntica manera han restaurado la antigua esclavitud, la vieja servidumbre política, tratan de justificarse por imputaciones recíprocas: el fascismo notifica que el amenazante y colosal rearme de sus países y la transformación de ellos en fortalezas agresivas y conquistadoras, son tan sólo el baluarte obligatorio contra el comunismo. Este, a su vez, propaga desde Moscú, y por medio de sus agentes clandestinos y subvencionados en todo el mundo, que los innumerables ejércitos de esclavos rojos, o sean las hordas de Atila, constituyen tan sólo la barrera de contención indispensable ante las imposiciones e invasiones del fascismo romano y germano. Y ante oposición y conflicto tan peligroso y amenazante, las democracias inglesa y francesa vense obligadas al sacrificio de armarse hasta los dientes e imponer a sus pueblos carga tan pesada.

En todo ello nada nuevo ni original: los mandones fascistas son Césares del viejo modelo; y los mandones soviéticos, Lenin y Stalin, son Zares del primitivo cuño. La tierra en Rusia, desde los orígenes del imperio, no era de propiedad particular sino de propiedad del Zar, de propiedad del Estado; la tierra, pues, estaba nacionalizada, como se dice hoy. En 1861, un Zar, Alejandro II, que por ello fue llamado libertador de los siervos, repartió las tierras del Estado entre los campesinos. La primera medida de los bolcheviques fue retrotraer las cosas al zarismo crudo, arrebatándole al campesino su tierra, acaparándola para el Estado y convirtiendo al mujik de nuevo en siervo de la gleba. ¿Encuétrase esto original? Nada más parecido a los viejos Zares, absolutos e implacables, a Iván el Terrible, a Pedro el Grande, que Lenin y Stalin, en lo de la tierra y en otras cosas. Estos como aquéllos hacen reinar en el extenso imperio la voluntad de uno solo. Estos como aquéllos son dueños de vidas y haciendas. Estos como aquéllos destierran a Siberia, hunden en calabozos, atan con cadenas y ordenan fusilamientos en masa.

Y las singulares personas del integrismo y del comunismo, que hoy por hoy son los árbitros de Europa y que parecen salidos de las más remotas profundidades de la historia, ellas y sus súbditos incondicionales, impiden que la humanidad vuelva a sus carriles normales y a las vías de paz, concordia y equilibrio económico que la civilización liberal y cristiana le estaba haciendo entrever cuando el criminal militarismo desató la violencia sobre el mundo en el mes de agosto de 1914.

Ni uno ni otro despotismo pueden desatar el nudo gordiano: la humanidad conoció ya eso y lo desechó hace siglos. Sólo la lenta y progresiva acción de aquel liberalismo democrático, individualista y cristiano, puede llevar en su seno el secreto del futuro.

Un rasgo específico tanto del bolcheviquismo como del fascismo, es el de la agresiva propaganda: los unos y los otros pretenden convertir el mundo a su creencia de grado o por fuerza. Ni Suiza, ni Inglaterra, ni Colombia han pretendido ni pretenden imponer a nadie sus instituciones libres.

Los regímenes anormales, contranaturales, frutos de la imposición y de la fuerza, son los que necesariamente buscan su extensión para lograr su estabilidad.

Ciertamente, en Colombia, donde aún puede vivirse, el sano instinto nacional se ha mostrado serenamente irreductible ante los exóticos ensayos de importación de las dos fórmulas de violencia que afligen y se reparten el Viejo Mundo y que, sin quererlo, se alimentan y se sostienen mutuamente. Una de las demostraciones salvadoras de esa resistencia de Colombia al mal novelero, resultó palmaria e indiscutible en la elección entusiasta, sin ninguna resistencia, del señor Santos, cuya hidalga y valerosa lealtad le ordenó condenar imperativamente, sin distinciones ni ocultamientos, una y otra tendencia, por ser ambas antidemocráticas, antirrepublicanas, antiliberales y anticristianas.

Ya se sabe fuera de nuestro país que este no es campo propicio para ensayos tan resbaladizos y abismosos, ni se halla dispuesto a servir de conejo de laboratorio a los irresponsables y pagados agentes de la Internacional rusa. Por saberse ya eso en el exterior y por conocerse allá la definida figura de nuestro presidente electo, fue sin duda por lo que uno de los más grandes jefes de Estado en la actualidad le dijo: "Usted y yo, a la cabeza de nuestros países, seremos quizá los únicos defensores de la democracia en América."

Su sola presencia aquí, en este apacible recinto de las letras, señala y confirma esa postura espiritual, pues significa una venia, un homenaje a la cultura, a la religión del espíritu. Los comunistas redujeron a los intelectuales a condición inferior a la de los proletarios y obreros; eminentes escritores reducidos a la miseria, murieron de hambre en las prisiones o en el destierro. En las tierras del fascismo se han desterrado los sabios con pretextos raciales, se han cerrado las academias, consideradas como fortalezas y reductos de la independencia del espíritu, se ha pretendido también regimentar y ponerles uniforme a las almas e imponerles consigna a las inteligencias.

Ciertamente, la verdadera cultura moderna no es aristocrática; pero necesariamente, en la generalidad de los casos, la cultura aparece arriba, donde hay recursos y tiempo para procurársela, y de allá descende, en forma de lluvia penetrante y fertilizante, a impregnar las capas de abajo, que por ello entran en período germinal. Pero hablar de cultura que trepe de abajo, como se ha dicho en discurso reciente, es contrario a la realidad y a la posibilidad. Todos los colombianos estamos complacidos y maravillados de la empresa de cultura realizada hasta hoy, bajo la administración López, por Daniel Samper Ortega y sus colaboradores. Pero esa obra portentosa de difusión cultural, de inspiración genuina y sanamente democrática, no subió de abajo, sino que bajó de muy arriba. A la biblioteca nacional lo que subió fue una horda inferior de bárbaros a romper vidrios y ensuciar los salones.

\*  
\* \*

Para terminar, que bien deseosos estarán de ello quienes me escuchan, me permitiré alguna reminiscencia personal.

Yo conocí al doctor Francisco Santos Galvis, como tesorero general de la república, hará cosa de cincuenta años, cuando ese empleo no era como es hoy un alto pero simple puesto de pagador, por métodos bancarios automáticos; entonces era un rodaje administrativo de altísima importancia en el mecanismo del Estado, uno de los capitales resortes políticos, de funcionamiento difícil y delicado, que exigía dotes singulares en el encargado de la tesorería. El doctor Santos Galvis las reunía todas. Era así como tenía bajo sus órdenes empleados de primera clase: Marco Fidel Suárez, contador interventor; Vicente Cuenca, cajero; Liborio Tavera y Antonio Vergara Tenorio, jefes de la contabilidad. Uno de mis hermanos mayores desempeñaba un cargo de índole técnica en la sección de control, y enfermo en esos

días gravemente, se dispuso que yo llenara su puesto mientras se decidía su enfermedad. Para entonces yo estaba ya terminando mis estudios, los cuales puede parecer que no me habilitaran mucho para desempeñar el cargo de mi hermano. Pero para entonces había ocurrido la circunstancia de que yo había pasado toda la guerra de 1885 en el cafetal de mi tío don Ignacio Ortiz Montoya, hombre muy experto en negocios y en trabajos de escritorio, formado en la gran casa de sus parientes Montoya Sáenz & Co. Así fue que el largo período de la guerra lo pasé en ese cafetal, dedicado a mis repasos y a poner al corriente el despacho y los libros de mi tío, bajo su experta enseñanza y dirección. Así fue que pude desempeñar a mi hermano y ganarme la consideración del doctor Santos Galvis, habiendo sido él grande amigo de ese mi hermano Estanislao. Allí y entonces traté a don Marco Fidel Suárez, como él lo cuenta en uno de sus *Sueños de Luciano*.

El doctor Santos Galvis formaba en un brillante grupo de inteligencias liberales, educadas casi todas en el Colegio del Rosario, bajo la rectoría del gran repúblico doctor Francisco Eustaquio Alvarez. En tal grupo y con aquél figuraban Luis A. Robles, Felipe Angulo, Juan Manuel Rudas, Julio E. Pérez, Luis Montoya Santamaría, Estanislao García Ortiz, Nicolás Sáenz, Paco Montoya, Roberto Suárez, todos liberales. Al dividirse el partido, unos se afiliaron en la fracción independiente, en torno del doctor Rafael Núñez; otros, llamándose radicales, cerraron filas alrededor de don Aquileo Parra.

A pesar de hallarse en distinta filiación, todo el grupo mantúvose unido en inviolable cordialidad, a excepción de Robles y Rudas, que interrumpieron relaciones a causa de los sucesos de 1879 en el Estado del Magdalena. Más tarde las reanudaron mediante la intervención de Montoya Santamaría y García Ortiz (Estanislao).

Los liberales independientes de tan lucido grupo, a excepción de Felipe Angulo, al advertir el camino reaccionario definitivo de la llamada Regeneración, volvieron sencillamente a su antiguo campamento liberal, y Santos Galvis no fue de los últimos. Era muy inteligente, muy ilustrado y escribía muy bien, hasta el punto de que en los primeros días de la evolución del doctor Núñez, se atribuían a éste artículos sin firma de don Francisco.

Tenía gallarda apostura, facciones gruesas y marcadas, frente despejada, ojos abiertos y sagaces; boca grande y sana, que reía espon-tánea, y un don de gentes afable y acogedor, que lo hizo muy simpático y acrecentó su prestigio. Tenía en sus venas sangre de Antonia Santos, la heroína nacional.

La prueba de su inteligencia la dio, sobre todo, al elegir su esposa, una criatura primorosa por lo bella, distinguida y delicada, más inteligente de lo ordinario en una mujer, con mucho tacto y sentido práctico, valerosa hasta enfrentarse sosegada, en su temprana viudez, a las dificultades de la vida, triunfando en ella y formando una familia de varones, distinguida y fuerte en cualquier parte. Alguien, al salir de la casa de doña Leopoldina, dijo: "Esta dama perfuma el aire que respira y le perfuma a uno el alma."

Retirado don Francisco Santos de la política, y enfermo, se refugió en la quinta *Bizerta*, cercana al puente del Común. Para entonces pasaba yo frecuentemente por allí, a caballo y en compañía de Fortunato Pereira Gamba, a pasar el *week-end* y los *puentes* en la casa de *El Tejar*, a orillas del río Frío, enfrente del boquerón de Tabio.

Al pasar por *Bizerta* veía casi siempre un interesante grupo de niños, vivos y despiertos, jugando en el camellón. Los miraba yo con simpatía e interés, por saber que eran los Santos Montejo.

Mucho más tarde hube yo de enfrentarme a una tarea y a una lucha tan duras y largas como a ningún otro colombiano le ha tocado en suerte. Al fin de años terminó la brega, de la cual mi honra y la de mis representados resultó limpia, que era lo esencial. Mas quedé agotado, decepcionado y pobre, de consiguiente retraído, refugiado en mi biblioteca. A ésta vinieron a buscarme algún día del año 1909, un par de jóvenes, uno de ellos, franco, abierto, que buscaba el diapason; el otro socarrón y fino. Bien vi que venían a mí con simpatía espontánea. Me contaron que los dos "iban a sacar", tal fue la frase del socarrón, una revista, y que venían a solicitar mi colaboración intelectual. Conversamos largo. Esos jóvenes nunca supieron el bálsamo que pusieron en mis heridas. Al despedirlos en la puerta de mi casa, me dije reconfortado: "Ya vuelven las cigüeñas al campanario."

La Providencia divina ha querido prolongar mi vida hasta darle hoy la bienvenida, en esta ilustre Academia Colombiana de la Lengua, al joven franco y abierto que el 7 de agosto próximo será presidente de Colombia.

En cuanto al socarrón y fino, ya va para tres años que fue elegido miembro de número de este mismo instituto, y no ha tomado todavía posesión de su sillón por una pereza constitucional que lo aqueja y que le ha impedido hacer el discurso reglamentario, que su compañero hizo en un día. Ese inteligentísimo perezoso, que gusta de atribuir a otros su propia dolencia, y que sin duda será traído a este recinto con ciertas cuerdas que él ha empleado mucho en su finca sabanera, contestará en la lista académica al nombre de Tomás Rueda Vargas.

Colombia, que ama de veras al presidente electo, confía la guarda de su gran espíritu a su excelsa y encantadora compañera que tanto nos honra con su gentil presencia.